

SALVADOR FORNER MUÑOZ (Ed)

¿El reencuentro europeo? A los veinticinco años de la caída del Muro de Berlín

Tirant Humanidades, Valencia, 2015, 316 páginas.

Reseña realizada por: **Luis DOMÍNGUEZ CASTRO**
Universidade de Vigo (España)

La cátedra Jean Monnet que regenta, desde hace años, Salvador Forner en la Universidad de Alicante se ha distinguido por su capacidad para coordinar a buena parte de los mejores especialistas españoles en los estudios de integración europea y para editar sólidas monografías como feliz resultado de aquella coordinación. Los actos conmemorativos suelen ser una buena oportunidad para reflexionar sobre el proceso de integración europea y los autores convocados por Salvador Forner acostumbran a hacerlo desde una perspectiva multidisciplinar siempre enriquecedora. Es el caso de los veinticinco años de la caída del muro de Berlín. Un hito que precipitó la desintegración del bloque soviético, poniendo final al corto siglo XX que acuñara Hobsbawm, que hizo posible la reunificación alemana y su corolario de intensificación del proceso de integración europea con el nacimiento de la propia UE y de su moneda común y que, finalmente, abrió las puertas a la ampliación de esa misma UE hacia el este de Europa dando origen al reencuentro que el título de esta colectánea cuestiona.

177

Tal vez por ahí debiéramos comenzar el comentario. Se trata de un feliz interrogante. En efecto, es indudable que occidente y oriente europeos compartimos, amén de geografía, un mismo patrimonio histórico, en el amplio sentido en que lo concibe Amando de Miguel en su correspondiente capítulo; esto es, no solo monumentos y obras de arte o lenguas, sino también la libertad, la igualdad, la propiedad, los derechos humanos, la conciencia de clase y la propia revolución. La propia UE se autodefine como una comunidad de valores comprensivos de todo lo anterior. En esta misma línea, compartimos los llamados criterios de Copenhague: regímenes políticos constituidos

por estados democráticos de derecho, economías de mercado que se quieren competitivas y un acervo comunitario que se traduce en una creciente armonización de buena parte de los ordenamientos jurídicos nacionales que aceptan la primacía del derecho comunitario, sea originario o derivado, y en la consolidación de un constitucionalismo europeo multinivel, como señala Yolanda Gómez. Buena parte, además, de los veintiocho países miembros compartimos el euro como moneda común y todos los del este están obligados a formar parte de la eurozona más temprano que tarde.

No obstante, las largas cuatro décadas de guerra fría y de incomunicación han generado profundas diferencias entre el este y el oeste europeos. El modelo social europeo, el estado de bienestar es un fenómeno occidental, incluso se podría afirmar que del norte del occidente europeo, que los países del antiguo bloque comunista no han conocido en sus buenos tiempos. Del mismo modo que la crisis desatada en 2007 ha frustrado la convergencia entre los países del norte y del sur de la Europa occidental y entre estos y los procedentes de la Europa del este, como se puede comprobar en el capítulo de Donato Fernández Navarrete. La crisis ha acentuado las desigualdades y con ellas las críticas a los gestores de la cosa pública, los partidos tradicionales, tanto los liberal conservadores como los socialdemócratas han visto emerger a sus costados grupos que cuestionan su legado desde el espacio “rojiverde”, como señalan Forner y Heidycristina Senante, por la izquierda pero también desde el espacio “negropardo” por la derecha, con una amalgama de populismos, antisemitismo — en el sentido amplio de una etnia que agrupa tanto a judíos como a musulmanes — xenofobia y ciertos tintes de acracia libertaria. La ausencia de un capítulo que analice el impacto de la caída del muro en la derecha europea es, por cierto, una de las principales lagunas de esta obra, más allá de las interesantes y polémicas reflexiones contenidas en la contribución de José María Marco. En el caso de los países del este, como explica Martín de la Guardia, los partidos derivados del antiguo partido comunista única han sabido mantener un espacio propio, bien sea manteniendo las esencias en una versión neocomunista de “partido de los perdedores” y, por lo tanto críticos con los procesos de transición y su elevado coste social u optando por ocupar el espacio de la inexistente socialdemocracia inexistente.

La crisis y la respuesta dada desde las instituciones comunitarias también han incrementado de manera muy sensible el número de euroescépticos con el proceso de integración. Es precisamente en los países del este, los últimos en llegar y en principio más proclives al europeísmo en donde ese euroescepticismo cobra más fuerza. La poderosa imagen de la construcción de catedrales como metáfora de la construcción europea que invoca Amando de Miguel es, como muy bien apunta, contradictoria con un mundo de constante aceleración histórica y con una Europa crecientemente secularizada. Pero es real. Con todo, la catedral como espacio de religioso público es acorde con el freno a los procesos de privatización de la religión que señala con criterio José María Marco.



¿La caída del muro ha sido una oportunidad perdida para el reencuentro europeo? Y si es así ¿Qué ha fallado? Parece evidente que la desintegración del espacio soviético ha sido mucho más una implosión por el propio agotamiento y fracaso del modelo comunista que una labor de zapa sin que ello quiera decir que el rearme neocon de la era Reagan y el dilatado papado de Wojtyla no hayan puesto su granito de arena en la secuencia temporal del proceso. El “nuevo pensamiento” en relaciones exteriores de la época Gorbachov, con el abandono de la política de “soberanía limitada” de los países del Pacto de Varsovia y su sustitución por la de “respeto de la soberanía” de esos mismos países, muy bien analizado por Guillermo Pérez Sánchez y José Girón en sus respectivos capítulos, fue un elemento central. El desmantelamiento de las democracias populares y la implantación de estados democráticos de derecho y economías de mercado fue una decisión libre de los pueblos subyugados por el comunismo soviético. Es cierto, pero la UE animó a ello con generosos subsidios en forma de programas como PHARE, CARDS o IPA. José Girón hace notar el rápido cambio del lema “Nosotros somos el pueblo” por “Nosotros somos un pueblo”, en menos de un mes, como síntoma de la mudanza de la apuesta por reformar la RDA a la defensa de la reunificación. Es algo más. Es síntoma de la rápida aceptación del interés nacional como un elemento distintivo de la soberanía. Europa es importante pero el Estado-nación lo es más.

Desde luego si algo ha fallado ha sido la política seguida por la UE en el conflicto bélico entre las antiguas repúblicas eslavas del sur que conformaron Yugoslavia. Roque Moreno destaca la importancia que siempre tuvieron los nacionalismos dentro de un Estado en el que muy pocos se sentían realmente yugoeslavos y las diferencias entre repúblicas ricas y pobres se fue agrandando, el estímulo que supuso la bendición dada por la UE a la escisión de Checoslovaquia y el tremendo error de apostar por el modelo federal serbio frente al modelo confederal propuesto por Eslovenia y Croacia, en 1990. Desde luego la cadena de errores culminó con la absoluta falta de criterio común cuando estalló la guerra y la incapacidad europea obligó a los EE.UU. a ejercer de árbitro. Sin embargo, el caso de los Balcanes occidentales puede constituir un buen ejemplo de enmienda y rectificación: En efecto, el Programa de Salónica, de 2003, demuestra que el buen uso del poder normativo de la UE y el apoyo financiero a la preadhesión pueden ser instrumentos muy útiles para afianzar los procesos de transición hacia la democracia y la economía de mercado.

179

Los países de la UE decidieron abrir negociaciones muy pronto con los países que ya tenían esa condición en el glacis soviético y con las nuevas repúblicas bálticas pero no con aquellas consideradas como escudo protector por la nueva Rusia que se quedaron fuera también de la OTAN. Con la perspectiva de la distancia temporal y con el conflicto ucraniano humeante cabe preguntarse si fue la decisión correcta, incluso si dejar fuera a la debilitada Rusia de Yeltsin fue también una buena opción. Claro que si la digestión de la ampliación al este está siendo pesada y lenta, cómo hubiera sido si esa ampliación hubiese llegado hasta el Pacífico. Es más, ¿EE.UU. hubiese aceptado tal

estado de cosas? Todo esto es ir demasiado lejos. Volvamos a la realidad histórica analizada en el libro que, desde el punto de vista estratégico, apunta a un mundo apolar, como glosa Rafael L. Bardají en el que los europeos seguimos disfrutando en los dulces brazos de Venus, con una OTAN que reduce, año tras año, sus presupuestos de defensa y sus efectivos.

Veinticinco años después Berlín se ha convertido en la capital de una Alemania que ejerce una hegemonía clara sobre el resto de países de la UE. Todos hemos pagado una parte de la factura económica de su reunificación, como muy bien analizan Sara González y Juan Mascareñas. Todos hemos aceptado su receta de salida de la crisis de la deuda soberana. Con todo, ahora el problema acuciante es otro. La emergencia de Daesh, la crisis de los refugiados, los recientes atentados de París y, muy especialmente, la reacción desorbitada de las autoridades belgas en Bruselas están provocando una profunda revisión del proceso de integración europea en uno de sus pilares básicos, la libre circulación de personas, si bien es de temer que en el camino inverso al defendido en esta obra por Silvia Marcu. Al ver la palabra guerra en los titulares de buena parte de los periódicos europeos uno no puede sino recordar la primera de las conclusiones del Congreso de la Cultura, organizado por el Movimiento Europeo en diciembre de 1949, en la ciudad suiza de Lausana: le probleme est simple: il faut faire L'Europe ou il faut faire la guerre.

